





Hadal

Itzia Rangole

FONDO 
EDITORIAL
TAMAULIPAS

Hadal

© Itzia Rangole

Primera edición 2025

ISBN: 978-607-8452-68-2

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Dr. Américo Villarreal Anaya

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Dra. Silvia Lucero Casas González

Secretaria de Bienestar Social

Mtro. Héctor Romero Lecanda

Director general del

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Mtro. Julio Andrés García Pesina

Director de Publicaciones y Fomento Literario

Encargada de la colección: Patricia Guzmán Rosiles

Cuidado de diseño editorial: José Ángel Lumbreras Tristán

Edición y corrección: Patricia Guzmán Rosiles y

Carla Patricia Saucedo Huidobro

Diseño de forros e ilustración: Manuel Tovar Campos

La colección *Altas Llamas* debe su nombre a la novela *Casa de altas llamas*, de Juan José Amador. Esta colección reúne obras narrativas y ensayísticas de escritores tamaulipecos, seleccionadas mediante convocatoria abierta del Programa Editorial Tamaulipas 2025.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y

Gaspar de la Garza 421, zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C. P. 87000

Tel. 834 315 2977

Con enorme orgullo celebro la publicación de esta obra que forma parte de **Altas llamas**, una colección que nace al amparo del **Programa Editorial Tamaulipas 2025**, impulsado por el Gobierno del Estado a través de la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, con el propósito de fortalecer y difundir la creación literaria de autoras y autores tamaulipecos.

Cada uno de estos libros es testimonio del talento y la mirada crítica de nuestras comunidades. La literatura es un medio poderoso para contar quiénes somos, qué soñamos y qué defendemos, y en Tamaulipas creemos firmemente que el acceso a la cultura es un derecho que enriquece la vida colectiva y fortalece los lazos sociales.

La creación literaria es también un ejercicio profundo de libertad. Escribir es habitar la palabra propia y compartirla con los demás; es abrir espacios de diálogo y resistencia. Por eso, defendemos la libertad de expresión no solo como un principio democrático, sino como una condición para que las voces de nuestras escritoras y escritores florezcan con dignidad.

A quienes hoy publican sus obras gracias a esta convocatoria, les extiendo mi más sincera felicitación. Que estos libros circulen, se lean, se quieran y, sobre todo, se discutan. Sigamos construyendo con su palabra un Tamaulipas más unido y contribuyan a preservar la esperanza como fuente de grandeza del espíritu humano a través de su expresión cultural.

Dr. Américo Villarreal Anaya
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Desde el Gobierno del Estado de Tamaulipas, la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, se convocó a las escritoras y escritores de nuestro estado a participar en el Programa Editorial Tamaulipas 2025. Celebramos este espacio como una oportunidad para visibilizar el talento literario y fortalecer la presencia de nuestras voces en el ámbito editorial.

Una de nuestras prioridades ha sido construir una política cultural cercana, incluyente y sensible al contexto de nuestras comunidades. Sabemos que la literatura, más allá de su dimensión estética, es también una herramienta poderosa para la reflexión, la conservación de la memoria y construcción de identidad. Apostar por ella es, en muchos sentidos, apostar por el bienestar colectivo.

Por eso este programa no se limita a publicar libros, sino que busca ofrecer una plataforma constante para el ejercicio libre y digno de la escritura, reconociendo el valor de la literatura como una forma activa de participación cultural.

Quienes publican gracias a esta convocatoria demuestran un compromiso tanto con su obra como con la generosidad de compartirla con otros. En estas obras, las lectoras y los lectores podrán reconocer elementos que conforman un estilo y una identidad literaria propia de Tamaulipas; ahí reside buena parte de su valor.

Mtro. Héctor Romero Lecanda

Director General del Instituto Tamaulipeco
para la Cultura y las Artes



PRIMERA PARTE

**Lo sé, no esperabas morir, yo tampoco.
Ahora dame la mano.**

II

Aquí descansan los restos de una fracasada.

Al leer el epitafio, detuve mis pasos; el nombre en la tumba era ilegible. Después de anotar el número de sección y lote, me dirigí a la oficina para averiguar quién era esa mujer. Sin embargo, los registros de la época, escritos a lápiz, eran imposibles de leer.

No dejaba de pensar, ¿por qué se colocó esa leyenda, “aquí descansan los restos de una fracasada”? ¿De quién fue la idea, de la occisa, de su familia o de sus amigos? ¿Era una broma cruel? ¿Cuáles son los requisitos que se deben cumplir para declarar la derrota? ¿Qué significa perder?

Una frase en boga afirma: “fracasa aquel que no lo intenta”. La intención es loable, pero hacerle caso te conduce al otro lado de la línea. Es lógico, ¿no? Intentar hacer algo, sea lo que sea, es ceder terreno irrecuperable a la ruina. Perseguir un objetivo propicia la derrota. Por tanto, para no conocer la frustración, lo mejor es no tener ningún propósito en la vida.

No intentar nada es un estado cercano a la muerte, y en la inexistencia nada puede magullarse, porque todo lo que hay es ausencia.

III

Mi nombre es Rosalina. Antes de conocer a Julieta, Romeo estaba enamorado de mí. Aunque correspondía a su afecto, fui

educada para comportarme evasiva y distante; por eso fui indiferente a sus peticiones. Después, él la encontró a ella. Sí, lo sé.

Mis padres me ruegan que olvide mi error. Aunque es tarde, aprendí a ignorar las recomendaciones contrarias a mi juicio. Lo único que hago es pensar, pensar y añorar. Mi imaginación se pregunta cuál hubiera sido la historia si, cediendo ante mis impulsos, me hubiera arrojado a sus brazos. Hubiera. En lugar de asistir al baile donde su mirada se encontró con la de Julieta, Romeo tendría que haber estado conmigo. Tendría.

Tras el suicidio de los amantes, la confesión del fraile causó revuelo. Romeo y Julieta estaban casados. Nadie dudó de las palabras de un hombre de iglesia, aunque los imprudentes tuvieron las mismas dudas que acechan mi ánimo: “¿Romeo no amaba a Rosalina? ¿Y qué pasó con Rosalina?”. ¿Y yo? ¿Dónde quedé yo, que pude evitar muertes, cosechar mi fortuna, labrar un buen nombre y ser feliz?

Cedí mi voluntad a la prudencia. El recato me condujo a esta tristeza con brotes de ansioso arrepentimiento. ¿Tuvo mejor suerte Julieta, cuyo cuerpo transgredió las normas?

En mi delirio, planeo buscar al boticario y comprar veneno. Me pregunto quién me va a recordar. Mi nombre es apenas un pasaje, un susurro en los labios de Romeo, quien me adoró hasta que Julieta le arrebató el alma.

Atiendo propuestas insulsas de hombres que todavía no comprendieron mi desdicha: me casé con un fantasma en el altar de lo imposible.

IV

¿Quién soy yo? No lo sé, pero es muy probable que hayas oído hablar de mí en los cuentos de hadas. De mí, de mi hermana, de mi madre y, sobre todo, de mi querida hermanastra.

Existen varios rumores sobre lo que nos sucedió cuando ella fue coronada reina. La versión más terrible describe nuestros pies atados a hierros incandescentes en una danza sin fin. Otro relato, con más cautela, describe cómo fuimos excluidas de la sociedad. Todo es mentira. Nadie sabe lo que ocurrió con nosotras.

Si en verdad quieren saberlo, las tres habitamos el olvido. Mi madre y mi hermana invierten su vitalidad en el odio y en la envidia. Yo escribo para comprender mi propia insignificancia. Estamos condenadas a transitar por la eternidad con un cuerpo cercenado, insatisfechas de ser quienes somos.

Se gana cuando otro pierde. A todos se nos inculca el éxito, aunque las estadísticas apuntan a la derrota. Solo existe una Cenicienta; a todas las demás no nos quedó la zapatilla.

V

Me uno a la lista. Soy Lydia Wickham. Algunos conocen mi historia por voz de mi hermana; para quien no lo haga, aquí están los hechos.

Mi madre intentaba, hasta el cansancio, casar a sus cinco hijas. Su prisa se debía a la futura e incierta muerte de nuestro padre, la cual nos condenaría a la ruina.

Es una verdad por todos conocida que una mujer necesita dinero para vivir. Quizás por eso insistí en ser la primera en casarme; por eso y porque no tenía nada más que hacer. A veces, la desesperación por tomar ventaja en la batalla te destruye. Un error te posiciona en el último lugar de la contienda.

Hoy en día, todas mis hermanas son damas de sociedad, desposadas con hombres que las adoran. Mi madre está feliz. Mi padre sigue vivo y yo ambiciono ser viuda.

Me resulta imposible entender por qué me fugué con Wickham. En mi defensa, él era un soldado en apariencia prometedor; claro que, en verdad, era un ludópata, con tendencia a la codicia y al engaño. ¿Eso no lo sabía o no lo quise ver? ¿En qué estaba pensando?

Creí estar enamorada hasta el instante en que su indiferencia paralizó mi afecto. Mis entrañas colapsaron cuando descubrí la verdad. Mi esposo me aceptó en su vida a cambio de dinero, el cual dilapidó con tanta rapidez como lo obtuvo. La brevedad de su fortuna fue equivalente a mi gozo. No me amaba. Sus primeros besos fueron alentados por la urgencia de calmar una necesidad y por la facilidad con la que yo se lo permití.

Leer se volvió mi consuelo, pero todavía no puedo concluir si ampliar mi inteligencia es o no una ventaja. Ayer fui una tonta; hoy y mañana también lo seré. En este instante soy consciente de mis defectos y, dentro de un segundo, lo seré aún más. A veces, saber quién eres resulta insoportable.

VI

Me presento: aquí estamos los demonios que me habitan y yo. Soy Shylock. Mi sombra es de Lady Macbeth. Estuve ahí cuando Ofelia abandonó, por propia mano, el mundo de los vivos. Las fauces del fuego me calcinan junto a Margaret.

No fue sencillo, pero asumí mi papel de fracasada. Me coloqué a un costado de la vereda y renuncié a alcanzar la cúspide. La victoria nunca será mía. Ahora lo sé y estoy en paz con ello.

Soy Eloísa, Juana I de Castilla, todas las esposas de Enrique VIII, María I de Inglaterra, Anne Mozart y Carlota de Sajonia-Coburgo-Gotha. Todas perecimos en el campo de batalla.

En mí viven Yocasta, Hermione, Gertrudis y Malitzin. Soy un cadáver y una homicida. Soy la hermana menor del príncipe heredero, la última hija, quien no tiene fortuna y carece de belleza y de actitud.

Dijeron que yo era una joven promesa, ¿pero a dónde me llevó mi inteligencia? Mi casa está sucia, mi ánimo, abatido y tengo hambre. Estoy muy asustada. Soy una reina caída en manos de su contrincante en el tablero.

Mi nombre es Lilith y también es Eva. Se me acusa de ser responsable del desastroso rumbo de la humanidad.

Soy una coleccionista de malos recuerdos. Asidua a viajar por el carril opuesto de la lógica. Estrellé mi razón e hice añicos todos los límites. Me alojé en el desastre. Desafié las órdenes, mordí la manzana. Por mi culpa, por mi gran culpa, extraviarnos el camino. Sí, yo perdí el paraíso.

¿Y qué? Ahora que conozco el sabor de la derrota, ¿qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? Lo único que sé hacer: escribir. Escribir el punto final de mi ruina.



SEGUNDA PARTE

Destrucción del mundo

Habitamos la noche

I

Al principio fue el caos.

II

Desde hace unos meses, diversas frases creadas para inspirar optimismo han sido desacreditadas. Es ridículo utilizar el consuelo de “El sol sale para todos” o “Amanece que no es poco”, porque vivimos en las tinieblas. Mañana ya no es otro día. La oscuridad nunca se rompió.

III

No estamos mal. Tampoco estamos bien. Resistimos como todos. Catastrófico sería, por ejemplo, si el inframundo cerrara sus puertas. Comparado con eso lo nuestro no es nada. Es importante no exagerar. Ante todo, desde una perspectiva

esencial, la ausencia de un porvenir es una minucia para la madre naturaleza.

Ocupé tiempo de mi vida en inventar escenarios fantásticos. Pienso en catástrofes, tormentos, truenos y relámpagos en cielos ajenos. ¿Por qué? Bueno, ya que el mundo ha demostrado soportar lo imposible, no veo razón para no concebir mayores anormalidades.

A la oscuridad le sobrevino la locura. No fue la clásica insania inocente de bailar y cantar alrededor de una fogata; no, a muchas personas las embargó una vesania criminal. De repente ocurrió el apocalipsis. Desde ese entonces, solo nos queda la oscuridad.

IV

La vida se puso peor.

Mis dos universos colapsaron y la oscuridad se prolongó. El inframundo cerró su estadía. La coalición de las dos realidades provocó una paradoja. Al existir ambas en el mismo plano espaciotemporal, por necesidad una anula a la otra. Los habitantes de la noche eterna no podemos morir porque no tenemos adónde ir. Paraísos e inframundos han echado tras de sí el candado.

Un choque de historias acontece en nuestro mundo. Cuando lo imposible sucede, lo inverosímil acude a tomar té a su morada. El sol se fue, pero la muerte nunca llegó; al contrario, su ausencia nos otorgó vida eterna. Una vida rara, casi insípida, pero aun así apetecible. ¿Qué significa ser inmortal?

¿Adónde partieron la cordura, la verdad y la lógica? ¿El sol va a volver a salir?

Hemos oído hablar de un mundo decrepito, uno donde todos los habitantes están muertos, pero todavía no nos percatamos de que vivimos en él.

Biblioteca universal de la existencia humana

12 de febrero de 1961

He decidido renunciar a mi cargo como directora de la Biblioteca Universal de la Existencia Humana. La noticia va a sorprender a muchos, pero pocos serán quienes sientan pena. Mis detractores no van a tardar en censurar mis actos.

Mi trabajo no fue fácil, pero nunca pude expresar con libertad mi frustración, ya que fui yo quien peleó por permanecer a perpetuidad en el puesto. Rompí una regla ancestral; por tal motivo, se me considera una mala influencia y un pésimo ejemplo para las generaciones futuras. Lo sé. Soy partícipe del rumor donde me sentencian como una “dictadora”.

Obtuve la custodia de la Biblioteca y, con ello, el conocimiento acerca del pasado, el presente y el futuro de todas las personas en este cosmos. Mi responsabilidad era otorgar a cada ser humano el acceso al libro de su vida por sesenta minutos. Las filas de ingreso eran interminables. La Biblioteca se ceñía con celo a un horario establecido y a una cuota de lectores diarios innegociable. Todos iban a tener su turno, pero debían esperar. La permanencia era por tiempo limitado: una sola vez en la vida y listo. Nadie podía conocer su historia de principio a fin. No era una buena idea; era demasiada información.

El periodo de administración de cada director era de ocho años. Hoy es el último día de mi sexta reelección. En público me he cansado de negarlo de la manera más tajante posible; ahora confirmo las sospechas: leí infinidad de veces mi biografía. He visto cómo cambia. Conozco múltiples versiones de mi persona y de cada una de las hazañas de la humanidad. Por eso incendié la Biblioteca; opté por no vivir, porque todas las tramas posibles de la existencia desembocan en el mismo destino: la felicidad es la antesala del infortunio. A continuación, todo va a desaparecer.

Reducción al absurdo

I

Antes de ser creado ya todo existía.

II

6 de abril de 1991

Soy el único sobreviviente de una estirpe de seres iluminados. Nosotros fuimos elegidos por la naturaleza suprema para comunicar un mensaje de poder. Nuestro cometido es desaparecer la ignorancia del mundo mediante el brillo de nuestra sabiduría.

Todo inició en la antigua Grecia, cuando mi padre, el hombre del cual desciende el poder de mi conocimiento, comenzó a evocar sus recuerdos de antes de nacer.

Todos los seres humanos pasamos por el mismo viaje: nos trasladamos de un mundo ficticio donde abundan las sombras a un mundo real. Sin embargo, solo una minoría puede recordar la tierra perfecta.

Hace miles de años, Platón separó lo auténtico de lo falso. Los hijos obedientes hemos respetado los designios del maestro; somos personas humildes, tenemos disposición de ayudar al prójimo a abrir su mente a la realidad. Nuestro cuerpo es la prisión de nuestra alma. Nuestro destino es liberar nuestra esencia más allá de las ataduras terrenas.

El mundo físico es falso; es una caverna oscura donde nadie puede alcanzar su potencial. Cada individuo tiene un modo particular de ser imponente. Yo, por ejemplo, soy igual a Platón. A él sus contemporáneos lo adoraban, pero todo cambió con la traición de Aristóteles, a quien la historia va a recordar como un discípulo maldito por desertar de las enseñanzas de su maestro.

Aristóteles se mofaba al afirmar ser amigo de Platón, pero ser más amigo de la verdad. En su soberbia negó el mundo de las ideas. La consideró una teoría falsa; pugnó por su contrario: para él, el conocimiento se adquiere a partir de los sentidos. No hay nada en la mente que no haya pasado antes por los sentidos, eso dijo. Era claramente un chiflado.

A partir de ahí, el mundo se dividió en dos y el pensamiento aristotélico instaló su reino. Transcurrieron siglos bajo el dominio de lo erróneo; luego apareció él y se convirtió en el primer gran redentor de la filosofía.

Kant integró el pensamiento platónico y la ciencia aristotélica en un solo sistema, demostrando la supremacía de Platón sobre Aristóteles. Aunque el segundo está en lo cierto, el primero sigue llevando ventaja.

La doctrina kantiana aboga por la razón pura, la cual es independiente de la experiencia porque no se extrae a partir de ella; no obstante, sí tiene ahí su aplicación. Los humanos no logramos captar la realidad: únicamente conocemos su

fenómeno. Nuestros sentidos solo nos muestran una apariencia. La razón pura y la experiencia son dos aristas unidas por su mutua diferencia y necesidad. A pesar de regirse por distintos parámetros, solo funcionan unidas; separadas carecen de sentido.

El árbol percibido no es por completo un árbol. La sustancia del árbol, la cosa en sí que es el árbol, es inmensa, es incognoscible. Vemos del árbol lo que del árbol percibe nuestra experiencia. Todos menos yo: yo veo los dragones escondidos entre las aves, veo al unicornio detrás de los caballos. Soy el dios oculto en la piel de un mortal. Controlo la sustancia de todo cuanto existe. Soy guardián, amo y siervo de la reminiscencia platónica y las leyes kantianas.

Soy quien enloqueció a Calígula. Convencí a París de raptar a Helena. Les dije a los aqueos que construyeran el caballo de Troya. Le enseñé cómo ser un dictador a Porfirio Díaz. Le di la idea a Santa Anna de “Su Alteza Serenísima”. Nadie supo durante años de la vida de Shakespeare porque él y yo estábamos encerrados en un cuarto, escapando de la vida.

III

1 de agosto de 1991

Mi hijo es un viajero del espacio. Su alma vieja ya ha conocido otras vidas. Él me eligió a mí entre tantas mujeres como su madre. Soy el vientre de Platón y Kant. Soy la mujer del maestro.

Mi hijo va a ser un hombre sabio. Lo que él diga se va a convertir en verdad. Miles de personas alrededor del mundo

van a cruzar océanos y desiertos en su nombre. Lo único que tengo que hacer es no hacer nada. Él va a descubrir las cosas por sí mismo.

No puedo alimentarlo ni limpiarlo o abrazarlo por las noches cuando llora. Un día su cerebro va a recordar sus vidas pasadas; él se va a levantar y va a decir: “Mujer, tengo hambre”. Me va a platicar sobre cómo existió antes de llegar a mi vientre. Va a narrar, ante quien lo escuche, toda clase de maravillas ocultas a los ojos comunes.

Aquí estoy sentada en el extremo del cuarto; escucho su llanto y sus gritos. Pronto. Es solo un recién nacido, pero él lo va a lograr. Donde sus hermanos han fracasado, él va a triunfar. No voy a contaminar su mente. No puedo hablar ni hacer ninguna clase de ruido.

La Ciudad de los Cocodrilos

I

Nuestra ciudad fue fundada en un pantano. Todavía me pregunto cómo se concibió tan tremenda idea: aquí, en este sitio húmedo, inhóspito, repleto de lodo, hábitat de cocodrilos; aquí y no en otro lugar hemos de construir nuestras viviendas.

Ser devorado por un cocodrilo no es motivo de vana curiosidad. El acto implica ser arrastrado hasta el fondo de la laguna; te ahogas atrapado en las fauces de una criatura mortal y sigilosa. El animal va a remolcar tu cadáver durante horas.

Los demás nos llaman salvajes porque no comprenden la sinfonía del agua. Los extraños no son capaces de percibir sus notas y observar su movimiento; algo en ella te cautiva. Te seduce. Un instinto primitivo te jala a sus cauces. Su tranquilidad te persuade a planear tu aniquilación. El agua te detiene, juega contigo en su boca, te convierte en un puerto y enloqueces.

Los ojos de los forasteros cambiaron; nos definen como un pueblo bárbaro. Han comenzado a vernos a través de una rendija negra.

II

La Ciudad de los Cocodrilos fue fundada en un pantano por una tribu salvaje. Famosa a nivel mundial por su vasto asentamiento de reptiles, hoy en día es un área protegida catalogada de alto peligro.

Múltiples organizaciones gubernamentales y civiles a nivel internacional continúan exigiendo justicia por el brutal exterminio de los habitantes de la ciudad. Las fuerzas militares alegan un episodio de enajenación temporal, provocado por la adrenalina y el peligro, como explicación a sus prácticas de genocidio y canibalismo.

Mi propósito en la vida

Hay algo malo conmigo. Eso lo juraron todos, excepto quienes no consideraron la gravedad de mis errores. En ese grupo no hubo ningún tipo de reproche. Actué de la manera más sensata: me uní al círculo de la indiferencia e ignoré de manera estoica a mis amigos y familiares. ¿Por qué hice lo que hice? Mi respuesta es irónica, pero honesta: no tengo ni la más remota idea.

Tampoco pienso acerca de ello; hice lo que hice para no pensar. Mi crimen se resume en casarme, dar a luz a un hijo, engañar a mi marido, abandonar a un recién nacido y huir con otro hombre. Ese es el motivo por el cual mi nombre está bajo censura.

Mi reputación está destruida; quienes la mancillaron ignoran la segunda parte de la historia: le propuse a mi amante tener un hijo con él. La oferta es de una tremenda irresponsabilidad y cinismo. Si mi plan se concreta, planeo escapar también de esta segunda familia. Hablar conmigo sería una delicia para cualquier psiquiatra.

Quiero vivir el encanto de los primeros encuentros sin el desgaste de la desilusión. Anhelo abocar mi existencia a perseguir la magia del deseo. Ninguna relación se preserva en los mismos estados de satisfacción con los cuales da inicio. El tiempo los destruye. Las risas nerviosas nunca vuelven,

la mirada cómplice ya no se refleja y la rutina disuelve la electricidad de los primeros contactos. Todo se pierde cuando la expectante curiosidad de saber si somos correspondidos queda resuelta.

Yo persigo al amor cuando comienza, cuando su presencia transforma la cotidianidad. Acecho los atisbos primarios de ansiedad para cazarlos. Colecciono los prematuros avances de la conquista. Me alimento de la esperanza implícita de las declaraciones. Me siento hermosa cuando descubro un par de ojos nuevos tratando de atraer mi atención.

Si bien fui educada para ser una presa, conozco depredadores dispuestos al intercambio de papeles. He sido toda clase de mujeres sin ser nunca ninguna de ellas. Algunos hombres son difíciles de engañar, pero todos son materia de fraude. Ellos no se enamoran de mí, como yo tampoco me enamoro de ellos. Solo somos entes desesperados que calmamos la tormenta con la paz efímera de los besos.

Pelear, cambiar pañales, disentir, solucionar problemas familiares, padecer celos, preocuparse por la inseguridad, acoplarse a una rutina: es una larga lista de sandeces. Prefiero omitir todos estos aspectos; en su lugar, voy a pelear por arruinar el amor. ¿Te quieres unir a mi causa?

El desafío de lo habitual

I

La angustia carcome mi cerebro. En las últimas semanas me he dedicado, con una energía imparable, a escribir cartas en todos los idiomas posibles. Por medio de ellas solicito a las autoridades competentes, con profunda e insistente amabilidad, que se detengan los relojes por cuarenta semanas, periodo en el cual nadie debe retribuir un solo centavo a ninguna institución o persona moral con la cual se mantenga un pacto de pago.

No desconozco ni elimino mis responsabilidades financieras; pido un lapso mayor para cubrir mis obligaciones sin hacer trizas mis intestinos. El transcurso de treinta o sesenta días entre recibo y recibo no es suficiente; su constante repetición es una burocrática y certera tortura moderna.

Mes con mes se aglomeran las cuentas de los servicios básicos. Sin ir más lejos, el mes pasado no pude liquidar a tiempo la cuota por el uso de gas natural. Como consecuencia, en la más reciente factura, la compañía me cobró los gastos generados por la cancelación y el restablecimiento del servicio. Se me obliga a retribuir a la trasnacional las molestias generadas por mi pobreza.

El pánico me embarga cada vez que el recibo de la luz aparece en mi buzón. Es imposible que una casa habitada por una persona pueda consumir tanta electricidad, pero la Comisión Federal insiste en que los datos son correctos. He optado por desconectar todos los aparatos cuando no los uso; reduje el empleo de los focos hasta casi existir en las tinieblas.

A mis tribulaciones domésticas hay que añadir, para mayor desesperación, los refrendos de la casa de préstamo. Hace meses, para poder sobrevivir, tuve que empeñar las joyas de mi familia. Los intereses están consumiendo todos mis ingresos.

En el refrigerador hay cinco huevos, las sobras de un caldo de pollo, un poco de leche, cuatro jitomates, dos papas, una zanahoria, un pedazo de brócoli, la mitad de una calabaza y una cebolla. La alacena contiene la cuarta parte de un tarro de café, un litro de aceite y un frasco con azúcar. También tengo un botellón de agua. Mi capital asciende a sesenta y tres pesos con cincuenta centavos. Eso es todo.

Veo el dinero llegar e irse. Trabajo para cubrir deudas. Sin importar qué haga, me he instalado en un estado de permanente déficit. La existencia está en números rojos. Mis sueños eróticos se traducen en la osada ambición de rebasar el presupuesto semanal de víveres y comprar un tarro enorme de pepinillos. Es un anhelo irascible, porque efectuar tal gasto sería un acto temerario para el equilibrio de mis finanzas.

Deseo huir. Corrección. Me retiro del campo de juego. Tiempo fuera. Alguien dijo una vez: “Detengan el mundo, me quiero bajar”. Apoyo la moción. ¿En dónde se firma el pliego petitorio? Detengan la realidad. Solicito una pausa de cuarenta semanas.

No voy a comer más de lo ya acostumbrado ni a gastar más de lo invertido en mi manutención; no voy a derrochar ni

siquiera una moneda de diez centavos. Me voy a dedicar con fiera disciplina a ahorrar todo el dinero. Ese es mi plan. Ahorrar. De esa forma podré cubrir todos los créditos.

La petición de los cientos de misivas se resume en una súplica: poner el marcador en ceros. Mi plegaria es la solicitud de un nuevo escenario. No puedo permitirme estropear otra vez mi vida; no voy a estar otra vez al borde de la hambruna y el desahucio.

II

Lo he perdido todo: mi casa, las joyas y a mí. Mis derechos fueron suspendidos porque puse en peligro mi integridad. Se han marchado también las responsabilidades. En este cuarto me acompañan otra decena de mujeres, quienes, como yo, no entendieron la lógica de los ingresos y egresos del capital. No nos ceñimos a las reglas de la economía; entonces, el desafío de lo habitual nos paralizó.

De vez en cuando los doctores me interrogan; ellos parecen no entender lo evidente: soy un cúmulo heterogéneo de remordimiento, desencanto y frustración. Estoy demasiado lúcida para ser considerada una trastornada en el sentido más formal del término, pero la definición de cordura tampoco se aplica a mi carácter. Siempre sufrí, por llamarlo de alguna manera, de un ingenio excitable, por no decir que estoy loca. En el aquí y en el ahora, solo soy capaz de transportar tristeza desde los escombros de mi andamio.

Nadie está obligado a hacerse cargo de mi manutención. Fui catalogada como un problema del Estado y el Estado ha

designado este lugar como mi última morada. Seré una más dentro de las estadísticas de las fosas comunes. Todo está bien, excepto cuando recuerdo quién soy.

Baile de Halloween

Aquí casi nunca pasa nada. De un tiempo para acá, la ciudad dejó de ser importante. Nadie lo dice, pero todo el mundo se da cuenta. Las compañías extranjeras se fueron; junto con ellas, su planilla y su dinero.

Por eso, cuando se anunció el baile de Halloween en el periódico, fue una sorpresa para todos. Aunque el evento tenía un costo de entrada, eso no contestaba la pregunta: ¿quién tenía el dinero suficiente para organizar una fiesta?

El cartel decía “de las 21 horas hasta morir”. Los asistentes, yo incluida, claro, creíamos que era solo un decir. Ya sospechas hacia dónde me dirijo, ¿verdad?

El tema no es original. Una mujer encerrada con extraños en una reunión que se sale de control es un tema habitual en el género de terror. Justo por eso pueden saber que mi historia es real: lo frecuente se sustenta en lo cotidiano; significa que a cualquiera le puede suceder.

En esa época no tenía muchos amigos. Primero, tengo un humor volátil. Segundo, vivo en un universo alterno. Lo sé, no soy una narradora confiable; por eso me permiten escribir. Te voy a decir lo que pasó y no me vas a creer. Me puedes llamar Cassandra.

Volvamos a la fiesta, ocurrida la noche del 31 de octubre de un año que no es de nuestro interés. Llegué una hora después de iniciado el evento, el tiempo suficiente para pasar desapercibida, pero no tanto como para perderme lo mejor de la noche. Al pasar los minutos, el lugar se fue llenando. El anfitrión salió a las tres de la mañana. Es sabido que en ese lapso ocurren cosas malas.

La mayoría de los presentes ya conocíamos la historia que estábamos viviendo. La habíamos escuchado antes, como rumor popular. Se decía que una noche un apuesto hombre entró a una discoteca, invitó a bailar a una joven y, cuando ella miró hacia abajo, descubrió que él tenía una pata de cabra. El sitio quedó en tinieblas y, al regresar la luz, el hombre ya no estaba ahí.

En esta ocasión, los disfraces fueron dejados de lado. Cuando él salió, muchos intuimos quién era. Varios volteamos a ver sus pies, pero los zapatos frustraron nuestra imaginación. Fue él, tenía que serlo. Fue ahí que nos explicó los términos y condiciones del contrato: hasta morir era una consigna, no una opción.

Algunas personas rieron, pensaron que era una broma. Fueron las primeras en ceder ante la locura al ver que el tiempo pasa, cada vez quedan menos de nosotros y las puertas no se abren. Además, está el calor. Puedo afrontar los gritos demenciales de auxilio, pero no el bochorno.

Cuando el lugar se transformó en el inframundo, pudimos ver sus entresijos. Estamos y no estamos. Somos y, al mismo tiempo, nos extinguimos. Permanecemos en el mundo, pero no vivimos; nuestra mente está en otro sitio y, cuando desdoblamos nuestra identidad, lo entendemos: el infierno no son los otros, es uno mismo.

Combustión

En teoría, esto no podía pasar. Era una posibilidad en extremo remota: era un uno antecedido por treinta billones de ceros; entonces sucedió. La gente comenzó a explosionar.

Lo llaman combustión interna espontánea. En el pasado se habían registrado algunos casos, pero en la actualidad el tema estaba relegado al área de la fantasía. Ahora, sin embargo, despierta el interés de la ciencia.

Hasta el momento, los expertos ya saben por qué arde-
mos; el problema es que desconocen cómo detener el fenómeno.
Es decir, estamos condenados, pero al menos sabemos que está
sucediendo.

¿Es un avance, no?

Es muy simple: cada electrón tiene un antielectrón; toda
partícula tiene una antipartícula y, si estas se tocan, colapsan.
Eso fue todo. Me tocó vivir en un universo regido por el fuego.
¿En qué momento me voy a quemar?



TERCERA PARTE

Obsesión

El lado oscuro del amor

Para ti, el hombre de mi vida,
quien se rehúsa a ocupar su lugar:
Te amo con un amor impaciente, cansado y obsesivo,
el cual un día fue correspondido.
Mi amor es compulsivo;
no se detiene, no encuentra salida.
Necesito saber de ti para mantener mi vida.
Mi amor no perdona tiempo, espacio o imposibles;
intenta jalar tu cordura
al terreno violento y peligroso de mi locura.
Te amo con un amor extraviado,
con un amor sin amor y, además, compartido.
Te anhele tanto. Mi afecto se resigna al tiempo muerto
cuando pueda ser atendido.

Te escribo para no sucumbir más ante la demencia. Quienes
hemos caído en malas aventuras tenemos en común la desesperación.
Los demás tienden a vernos con lástima; no sienten por nosotros
ningún tipo de respeto. La madurez emocional es una ilusión: cuando
una persona se enfrenta a la realidad de un abismo, los cimientos de
la cordura se desmoronan sí o sí.

Varios perdimos la razón por amor. Conozco historias mucho peores que la mía. Los especialistas, para explicar mis actos, utilizan los epítetos de perturbación y enajenación mental momentánea. Yo no era yo, al menos no lo era cuando mi mente se volvió perversa.

Me perdí en cavilaciones; por eso estoy aquí, presa en esta jaula, con extraños censurando mi comportamiento sin ser capaces de entender mis emociones. El lado confuso del amor me privó de mi voluntad; un ente iracundo tomó dominio sobre mí.

Recuerdo el olor exacto de tu piel.

Vivíamos en las sombras, sin fotografías ni manos entrelazadas. Nuestros encuentros eran fugaces y fortuitos. Después de tu desahogo, regresabas a la realidad sin mí. ¿Yo era un recipiente? Si es así, ¿por qué no lo fue ella también? ¿Por qué ella obtuvo al instante lo que yo codiciaba conseguir con el tiempo? Le diste todo: las miradas cómplices, las demostraciones públicas de afecto, las reuniones con amigos y familiares.

Me desquicié; la claridad abandonó mi mente y mi respiración dejó de ser normal. Entiende, por favor, mi impotencia: yo anhelaba estar contigo y tú no me mirabas. Por eso necesitaba platicar con ella; solo le iba a explicar con paciencia y amabilidad por qué debía desaparecer. Lo admito: el secuestro fue un método poco ortodoxo. La cuerda, las bolsas y la pala no dieron buena impresión.

Al menos tú concédeme el beneficio de la duda: no iba a matarla; antes le iba a dar otras opciones. Si ella obedecía mis órdenes, iba a estar a salvo.

Si tú estás conmigo, todo va a estar bien. ¿No te das cuenta? El problema principal de nuestra relación es tu indiferencia. ¿Por qué no me amas?

Los medios de comunicación han hecho eco de la noticia; no son capaces de entender mi realidad. Sin embargo, hace siglos Shakespeare lo reveló: “la pasión devoradora habita en las inteligencias más altas”.

Me suscribo a la misma categoría de humanos como Óscar Wilde, quienes les rogamos a nuestros amantes nos visiten en prisión. Sin importar cuántas cartas te he escrito, permaneces en silencio. Me atormenta pensar dónde y con quién estás. Destruí su rostro, pero tú todavía la prefieres a ella. ¿Por qué eres así conmigo? Yo te quiero tanto.

Canicas

Él me gustaba. No lo amaba, pero me gustaba. Desde niña lo supe: no soy bonita. Si quiero llamar la atención, mi inteligencia es mi mejor arma, no mi cuerpo. Al principio eran conversaciones furtivas; después, él empezó a buscar mi compañía. No cesaba de repetir lo interesante de mi conversación. Por supuesto, yo no paraba de hablar. Enlazaba idea tras idea con tal de no guardar silencio; desviaba el cauce de mis pensamientos a su apetencia.

Cuando me invitó a tomar un café, mis esperanzas se avivaron: él quería pasar tiempo conmigo a solas. Su presencia era un alivio para mi dolor existencial. Estar a su lado era pasar las horas del día mirando una obra de arte. No quería más que unos cuantos besos, algunas caricias; quería poder estrechar su piel y sentir sus manos sobre mi cuerpo. Anhelaba saber que él también quería tocarme. Eso era todo; con eso me hubiese bastado. El precio marcado era tan bajo; incrédula, no termino de comprender por qué él no lo pagó.

Contrario a la opinión de la mayoría, no considero mis ilusiones como desproporcionadas. Encendí veladora tras veladora roja mientras repetía siete veces su nombre junto al mío. Lo deseaba a todas horas, con todas mis voces. Estuviera donde estuviera, mi pensamiento lo acechaba.

Él me sorprendió cuando anunció su noviazgo con otra. No era lo esperado. No entiendo en qué momento pudo surgir otra historia tan distinta a la mía en el mismo universo. Los había visto juntos antes, pero nada en ellos me hizo sospechar. En una ocasión, incluso se apartó de ella para venir conmigo. Batalla ganada, pensé.

Él me buscó primero, mandó todas las señales, puso su atención en mí; lo debió saber: “a toda acción corresponde una consecuencia”. De esta manera siempre tendré en mis manos sus hermosos ojos verdes, aunque ahora ya no brillen.

Envase, cerillo y caja

Algunas mañanas, cuando despierto, te odio un poco más. Mi rencor crece con el recuerdo de tus palabras, de tus acciones y gestos confusos. ¿Cómo se busca venganza por lo no hecho? ¿Cuál es el castigo adecuado para un engaño? “Solo era un juego”. ¿Te gustan las artimañas? Muy bien, vamos a divertirnos.

Inciso A: comprar el material.

B: vigilar tu casa y establecer tu rutina.

C: caminar detrás de ti.

D: una advertencia; la distracción de la víctima siempre es una ventaja en el ataque.

E: se requiere un envase de gasolina, un cerillo y una caja.

Fuiste un faro de luz roja, amarilla, azul y naranja en medio de la calle.

Él

I

Tiene diez hermanos y su padre murió hace unos meses. Nunca entendí con claridad quién es su madre, pero sé que él, al igual que todos sus hermanos, adora a su abuela. Por más que he intentado dilucidar la dinámica de su familia, mis apuntes son caóticos e incompletos. Es comprensible: desde la distancia y las sombras solo obtengo resquicios de información.

Él todavía no se ha casado con ella, a pesar de que están juntos desde hace años y tienen una hija. No lo entiendo. Me dijo que no quería hijos, aunque adoraba a sus sobrinos. La mayoría de sus hermanas son madres. Una de ellas ha dado a luz a gemelos; otra va por su segundo matrimonio; a una más le fueron infiel; y otra, una adolescente, acaba de publicar la imagen de su primer ultrasonido. De los hombres, uno de sus hermanos embarazó a su novia hace años, mientras iban en la secundaria.

Un día logré precisar la dirección de su casa; sin embargo, no fui tan precavida para guardar el resultado de mi búsqueda ni los datos que me condujeron a ella. En cambio, sé el lugar exacto en donde se ubica la papelería de su hermana.

En mis cavilaciones matutinas, salpicadas de fantasía, antes de que los límites de la razón logren instaurar su dominio enclenque en mi mente, imagino ir hasta allí y conocerla; con suerte, también verlo a él.

Pienso cómo será ese primer encuentro. Concibo su mirada fija y vidriosa tratando de apartar su atención de mis ojos carentes de juicio. Conocerme no es asunto fácil. Imagine el lector ser el protagonista de esta historia y estar envuelto en la siguiente situación: ver frente a frente a una mujer capaz de viajar miles de kilómetros para estar junto a ti, sin importar que en los últimos años has rehuido fervientemente toda correspondencia con ella. Aun así, de repente, ella está allí, en un sitio del cual nunca le hablaste. Es probable que tus niveles de angustia se incrementen significativamente.

Aunque él no conozca mi aspecto y me atañe, por mi culpa, un rostro que no me pertenece, no creo que le sea difícil descubrir que se trata de mí, debido a mi acento extranjero y a todos los pormenores obsesivos y ridículos que puedo citar de nuestras conversaciones, los cuales resguardo bajo llave en mi palacio de memoria. De hecho, bastaría con encararlo bajo esa sencilla frase: “soy yo”, para contemplar su incrédula turbación.

II

El mundo exterior me desafía y, como he aprendido a escapar de toda aquella batalla que sé perdida, rehúyo de la vida. Me niego a salir de esta habitación en la que desde hace años me he instalado. Aquí tengo todo lo que necesito para sobrevivir. Hay días que son mejores que otros, pero, poniéndome al resguardo

de una rutina y de un buen libro, soy capaz de afrontar la demencia que provoca la ansiedad.

Miento como miente cualquier persona que asegure que la soledad prolongada no perturba el intelecto. Nadie puede valerse únicamente de su inteligencia si pretende mantener un estado decente de cordura. Cuando invertimos largas horas en hablar con nosotros mismos, forzosamente nos contesta una voz que no existe.

Tenía que hacer algo para librarme de mis pensamientos y él fue mi solución. Hacer lo que yo hago no sería posible sin una conexión estable a internet. Comencé espionando a personas al azar, observando cómo transcurría su existencia a lo largo del tiempo. Después me inventé la vida que hubiese deseado tener: una perfecta estructura ósea, un cabello sedoso, un gusto estético impecable, una cuenta bancaria pródiga, además de una educación privada. Soy, para todo aquel que se deje embaucar, una mujer políglota y culta; una cosmopolita.

Cuando nos conocimos en una sala de chat, él no me creyó todo lo que le dije sobre mí; no obstante, optó por aparentar que sí. La conexión fue mutua.

La insania no es un fenómeno homogéneo, tiene amplias facetas diseminadas. Los seres atormentados nos reconocemos entre nosotros, formamos parte de una sociedad exclusiva que nos demanda, como cuota de inscripción, que nuestro criterio prescindiera de cautela. Yo me vi en él y él encontró su reflejo en mí; ambos nos identificamos en lo insalubre de nuestros desvaríos.

Las mentiras que edificaba en mi mente, con él como protagonista, eran extraordinarias. Me alcanzaba con el poder de mi ingenio para un día conocer a su familia; al otro, preparar una comida exquisita; al siguiente, despertar a su lado; proseguir con semanas de concurrencia a eventos sociales, e

incluso, en una época, estuve embarazada. Todo lo podía hacer sin hacerlo.

La vida de nosotros, los ermitaños, es paradójica: nuestro grado de misantropía no termina por eximirnos de la necesidad de afecto.

Por un tiempo, sus palabras calmaron mis ansias; obtenía compañía a través de mensajes. Todo era perfecto. Él era igual que yo, pero quiso dejar de serlo y se apartó del mundo virtual.

Me rehúso a abandonarlo, aunque no lo tenga. Lo poseo en mi delirio pese a que no pueda llegar hasta él. Entiendo el motivo de su traición: pocas personas soportan evadirse por completo de la realidad. Es un arte que requiere bravura. Mientras él construye algo efímero en el mundo material, yo me aboco, meticulosa, a contemplar su vida.



CUARTA PARTE

Muerte

Falta de tiempo

Uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho. Esa es mi definición de la palabra “inspiración”. Uno, dos, tres y cuatro. En esa ocasión la suerte no estuvo a mi favor. Uno, dos y tres; hay ocasiones en las cuales cedo ante la apatía. ¿Cuántos suman hasta ahora?

Nadie se había percatado de nada. No existían ni las preguntas ni las opiniones incómodas. ¿Por qué les interesa saber por qué hice lo que hice? Lo hecho, hecho está, ¿no? ¿Para qué continuar con lo mismo? ¿Qué importa si mis acciones fueron o no las correctas? Ya las efectué. ¿De qué sirvió iniciar una investigación? De hecho, ¿cuál es la finalidad de imponer un castigo? El pasado no se puede volver a escribir.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce y trece; ese fue uno de mis mejores días. Me detuvieron por exceso de alegría en la plaza pública; así fue como me descubrieron. Desde ese instante: cero, cero, cero y cero.

¿Cuántos fueron en total? No lo sé. Perdí la cuenta. Debí preguntar sus nombres, pero todo era tan rápido. Nunca tenía tiempo. Antes de agregarlos a la lista tendían a huir de mí, y después de haberlos añadido no podían decirme quiénes eran.

Personajes en escena

La mujer escribe en su portátil; está sentada en posición de loto en el lado derecho de su cama, con un cenicero en la mesa de noche. Escucha la voz de un hombre; él la saluda.

—Buenas noches.

Ella grita y se incorpora de la cama con un sobresalto.

—¿Quién eres? ¿Cómo entraste aquí? ¿Qué es lo que quieres? ¡Vete!

—Son demasiadas preguntas.

—Por favor, toma todo lo que quieras y vete.

—No me insultes, no soy un ladrón.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? Sal ahora mismo o...

—¿O vas a volver a gritar? ¿De qué te sirve? Nadie te va a escuchar. Estás sola y tus vecinos más próximos se encuentran a kilómetros de distancia.

—Voy a llamar a la policía.

—Corté las líneas del teléfono.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí?

—Tú sabes quién soy.

—No te conozco. Nunca te he visto en mi vida. Yo no le he hecho daño a nadie. Por favor, toma lo que quieras, pero no me lastimes.

—En tus historias, ¿cuál es la inclinación de tus asesinos?

—Por favor, no entiendo qué está pasando. ¿Cómo entraste aquí?

—Por la puerta. No fue sencillo: cuesta trabajo traspasar cuatro cerraduras, pero no es imposible. Lo señalas en uno de tus libros: “Si aplicas fuerza suficiente sobre un mismo punto durante una cantidad de tiempo específica, incluso el acero se quiebra en tus manos”.

—¿Cómo sabes eso de mí? ¿Quién eres?

—Continúas preguntando quién soy, pero tú ya lo sabes. Al fin de cuentas, tú me escribiste; soy uno de tus personajes.

—Estás fuera de la realidad, mis personajes...

—Siendo una escritora de homicidios, ¿te parece buena idea llamar demente a quien irrumpió en tu casa a la medianoche?

—No te quiero ofender, pero encuentro difícil...

—Mejor dime: ¿cómo puedes generar empatía en el agresor?

—Por favor, no me hagas daño.

—Error. Concéntrate.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Ya te lo he dicho, soy uno de tus personajes. Conoces las reglas: “Yo nunca me equivoco, no me contradigas, no me hagas enojar”.

—Entonces, ¿qué hago?

—Contestar mis preguntas. Si lo haces bien, vas a responder a tus propias interrogantes. De nuevo, ¿cómo puedes generar empatía en el agresor?

—La víctima debe hablar sobre su vida.

—Correcto. Con todo, eso no te va a funcionar. Yo sé quién eres: una escritora conocida por sus relatos de crímenes. Entonces, ¿quién soy yo?

—Tú eres uno de mis personajes.

—Bien. ¿Cuál de todos tus personajes? Tú escribiste esta historia. ¿A cuál de tus trabajos me refiero?

—Un hombre irrumpe en la casa de su autora favorita. Ha leído uno de los últimos relatos de la escritora y lo ha encontrado poco satisfactorio.

—¿Por qué?

—No le gustó la descripción del crimen: el cuento no era perverso. El hombre quería más sangre y sufrimiento. La conducta de los personajes resultaba inverosímil; la escritora debía correr, no comenzar un diálogo con el intruso.

—¿Cómo se desarrolló el homicidio?

—El hombre estranguló a la mujer.

—¿Qué más?

—Él escapa. Se lleva consigo la computadora y los diarios de la autora para leer sus trabajos no publicados.

—¿Cuál fue la descripción de los eventos?

—La historia comienza con el hallazgo del cadáver por la policía. El cuerpo estaba en un avanzado estado de descomposición; los gusanos se comían las partes humanas esparcidas por la habitación principal. La cabeza se encontró en la biblioteca, dentro de un librero en forma de ataúd. Las investigaciones posteriores apuntaron al uso de un cable de alta tensión como herramienta principal de la decapitación.

—¿Cuál es el desenlace?

—La casa editorial pagó los gastos funerarios. El caso cobró mediana difusión; los medios se sintieron atraídos por los tintes sardónicos de la noticia: una escritora de crímenes es asesinada.

—¿Cuál es el problema con la historia?

—No hay ningún problema con la narración.

El hombre da un paso al frente.

—De nuevo: ¿qué es lo que está mal con el cuento? ¿Por qué no se cumple la suspensión de la realidad?

—Por favor.

—Contesta la pregunta.

—El personaje principal no sufrió lo suficiente.

—Exacto. Por eso estoy aquí. No hay pasión en ese homicidio; no es tan truculento como otros de tus relatos.

—La cabeza fue cercenada.

—Sí, pero ella ya estaba muerta cuando amputaron la cabeza. Murió por asfixia debido al estrangulamiento; el acto se ejecutó en cuestión de minutos. ¿Por qué ella no se defendió? ¿Por qué el asesino no rompió la piel, el músculo y los huesos del cuello de la víctima cuando esta aún estaba con vida? ¿Por qué no lo hizo? Tenía tiempo. ¿Por qué no lo hizo?

—Por favor. Es una historia, no es verdad. Eso nunca pasó.

—Segunda equivocación. Sí es verdad: está pasando ahora mismo; te está ocurriendo a ti.

—No sé qué es lo que quieres. No entiendo qué es lo que esperas.

—Contesta mis preguntas: ¿por qué el asesino actuó de esa manera?

—No lo sé. Así se me ocurrió en ese momento.

—¿Por qué se te ocurrió algo tan simple?

—Dime cómo quieres el cuento y lo escribo para ti, pero, por favor, no me hagas daño.

—Es demasiado tarde. Lo hubieras pensado mejor desde un principio. Tenías los recursos a tu alcance: imaginación y hojas en blanco. ¿Por qué no lo hiciste? ¿Por qué no escribiste un mejor cuento?

—La idea llegó de esa manera. La escritora era una ermitaña. Estuvo sola en la noche más siniestra de su vida. Al final, ella sufrió y nadie notó su ausencia.

—Un autor escribe sobre aquello que conoce, ¿no es así?

—Por favor, no me lastimes.

—No quieres sufrir, pero tú sí dañas a otras personas.

—Es solo fantasía.

—Si es solo fantasía, ¿por qué en el cuento la cabeza no cobra vida cuando la encuentran?

—Porque yo no soy Alejandro Dumas.

—¿Por qué no?

—Yo soy yo.

—No es suficiente.

—Por favor, vete.

—¿Encuentran al asesino?

—Por favor.

El hombre avanza un paso en dirección a la mujer.

—Nunca lo hacen. El crimen queda impune. No hay suficiente evidencia. La causa se cierra. No hay un hilo sobre el cual indagar.

—Ese es tu tercer descuido. Sí existe un vínculo en el cual se puede indagar. ¿Quién soy yo?

—Tú eres uno de mis personajes.

—Al principio me llamaste demente; ahora repites las palabras de un loco. Concéntrate. ¿Quién soy yo? Nunca antes de hoy nos hemos visto, pero algo nos une a ti y a mí. ¿Qué es? Ya tienes la información en tu cabeza. Piensa: ¿quién soy yo?

—Por favor.

—Contesta.

—Tú eres mi lector.

—Ahí lo tienes. ¿Qué tenemos en común tú y yo?

—Yo escribo, tú lees.

—¿Qué dice eso de ti y de mí?

—Nuestra psique es parecida.

—Casi aciertas. Somos iguales. Esta es la conversación de dos asesinos: uno en teoría y otro en práctica. ¿Te importa si fumo?

—No.

—¿Quieres un cigarro?

—Por favor.

El hombre deposita una cajetilla sobre la mesa más próxima. Se aleja del lugar y ella se acerca.

—Son tus preferidos, cigarros de tabaco claro.

—¿Vas a asesinarme?

—¿Por qué crees eso?

—“Aquí hay dos asesinos, uno teórico, otro práctico”. Esa fue tu frase. Yo soy la asesina en teoría; mato personas a través de la literatura. Eso significa...

—Eso me convierte de manera automática en el asesino en práctica. ¿Cuántos cigarros te fumas al día?

—¿Me vas a matar?

—¿Cuántos cigarros fumas al día?

—Cuando escribo puedo fumar una cajetilla. Sentada en la escalera de mi casa, mirando al cielo, muchos más. Ellos se evaporan en mi boca. A veces, ninguno.

—¿Por qué matas gente?

—Son solo palabras.

—Pagas las cuentas “con solo palabras”. Estás metida en una situación de riesgo por “solo palabras”. Respeta tu trabajo. Quiero saber: ¿por qué escribes sobre homicidios? Habiendo tantos temas, ¿por qué ese?

—Me gusta. Me intriga la oscuridad; quiero entender por qué algunas personas obtienen placer al aniquilar al prójimo.

—¿Sabes por qué me gustan tus historias? Porque me sumerjo en un escenario terrorífico sin consecuencias.

—¿Me vas a matar?

—¿Tú qué crees?

—No te conviene hacerlo.

—Ah, ¿no? ¿Por qué sería eso?

—Porque yo también te conozco.

—¿Lo haces?

—Tienes una inclinación hacia lo prohibido.

—¿Por qué lo piensas?

—Me has acosado, acechado e irrumpido en mi hogar.

Experimentas curiosidad por métodos poco ortodoxos. Además, si somos iguales, todo lo que aplica para mí aplica igual para ti.

—He intentado escribir, pero no soy tú. Si tú fueras yo, ¿cómo te matarías?

—No lo haría.

—No mientas.

—No lo hago. ¿Por qué matar a quien piensa como tú? Vuelve a hacerme tu pregunta.

—¿Cuál de todas?

—¿Por qué invento los homicidios de mis cuentos?

—¿Por qué lo haces?

—Por la sensación de poder. En mis historias yo gobierno. No hay lugar para la incertidumbre o el azar. En mi imaginación no existen los límites. ¿Tienes hambre de historias más truculentas? Déjame vivir para escribir.

—¿Así de sencillo?

—Así de complicado. Voy a dedicar mis días a describir el pavor.

—Es un mal final, ¿no lo crees? Un asesino entra a la casa del objeto de su deseo, se escapa del lugar y deja viva a su víctima.

—Peores cosas se han visto.

—Como tu cuento.

—No es muy amable de tu parte.

—Dime otro final.

—La autora podría asesinar a su agresor en defensa propia.

—¿Defensa propia? ¿Quién te va a creer? Tuviste tiempo de platicar conmigo y fumar como camaradas. Si ese es tu plan, ¿por qué no lo haces?

—La violencia física no es mi fuerte. Soy una rata de biblioteca; mi arma son las palabras. Sé escribir acerca de la crueldad, pero no sé pelear.

—Yo sí.

—No lo dudo.

—¿Cómo termina tu cuento?

—Tú lo sabes, lo has leído. Dime, ¿cómo va a acabar esto?

—No lo sé. Por el momento nos quedan dos cigarros.

—¿Vas a matarme?

—La respuesta a esa pregunta solo tú y yo la sabemos.

—Buenas noches —pronuncia una voz extraña.

Ninguno de los dos personajes conoce a quién acaba de entrar en la habitación.

Hormigas

Largas, uniformes, disciplinadas y constantes hileras de hormigas llegan y van desde la calle hasta mi casa. Mis vecinos me aconsejan múltiples remedios para su exterminio; incluso los hay que, vencidos por mi indiferencia, compran plaguicidas y me los ofrecen como regalos. Yo no les solicité el favor. A mí no me molesta la presencia de estos insectos; son los demás quienes no los toleran. En lo personal, no entiendo el motivo de su rechazo. Las hormigas deben reunir provisiones para el invierno.

¿Cómo voy a exterminar a esos pequeños e indefensos seres, cuya única osadía es sentirse cómodos y seguros en mi hogar? Además, de hacerlo, no usaría veneno; pondría el dispensador de la manguera en la boca de los hormigueros. Imagino sus diminutos cadáveres flotando.

Los libros especializados en psiquiatría enuncian como conducta de riesgo, incluso como perfil característico de los asesinos, la crueldad hacia los animales. Pero, ¿quién en su vida no ha matado a una hormiga? Durante siglos, con la aprobación de la sociedad, han sido destruidas en multitud de ocasiones. ¿Quién se preocupa por ellas? ¿Quién presta atención a su sufrimiento? Su trabajo aporta nutrientes, dispersa semillas y descompone la materia orgánica de los suelos; aun

así, las destruimos. Mis vecinos, por ejemplo, gente promedio con existencias normales, me instan a cometer un asesinato en masa contra su especie.

Las hormigas me brindan su ayuda; por lo tanto, son mis amigas. No estoy loca. Me encantaría justificar mis pensamientos bajo el amparo de ser una lunática, pero no puedo: mis actos han sido calculados con absoluta claridad mental. Hice todo en nombre de la justicia.

Verán, yo sí soy una asesina. No de hormigas, por supuesto. Esos seres son solidarios con sus semejantes, son trabajadoras, juiciosas y prevenidas; no como mi familia en general, ni como mi hermana en particular.

No hacen falta grandes actos para llevar a una persona al límite; solo se precisan pequeños y cotidianos sucesos para lograrlo. Un ímpetu homicida se genera con lentitud. Mi abuela solía decir: “todo cabe en un jarrito, sabiéndolo acomodar”. Dentro de mí, poco a poco, se fueron acoplando distintas ideas de destrucción, mezcladas con dosis acumuladas de cólera.

Primero, ella no agradeció mi ayuda. Segundo, no valoró mi trabajo. Tercero, ensució mi casa. Cuarto, se comió mi comida. Quinto, se burló de mí. Sexto, no escuchó las razones por las cuales me sentía mal. Séptimo, me descalificó. Octavo, negó la existencia de un problema. Noveno, evadió su responsabilidad. Décimo, me robó. Undécimo, me hacía sentir impotente. Duodécimo, ella repetía sin cesar: “¿qué más da?”.

Esa era su frase favorita: “¿Qué más da?”. Acompañada de: “¿Qué le hace?”. Las cuales se podrían traducir como: “No me interesa” y “no me importa” o, la más exacta, “mientras yo esté bien, no me concierne cómo estés tú”.

He matado a mi hermana.

El homicidio sucede en las mejores familias; si tal fatalidad le ocurrió a los reyes y a los nobles, incluso a los dioses, ¿por qué no iba a pasarme a mí, simple, imperfecta y pecadora mortal?

Mis amigas, mis solidarias amigas, las hormigas no preguntan de dónde provienen los restos infinitos de comida. Ellas despedazan felices los trozos del cadáver. Bajo mi mirada protectora se celebra un festín sin precedentes. Nadie me puede reprochar el no efectuar un entierro digno: el cuerpo está bajo tierra. Los restos descansan esparcidos en cámaras subterráneas.

El olor a podredumbre no me ha delatado. Nadie oye, huele o piensa lo que no quiere escuchar, oler o cavilar. Es un talento innato de la especie humana. Al horror se le adjudican escenarios terroríficos; ¿quién sospecha de una mujer anciana, sola y pobre, cuya casa luce descuidada, sucia y está repleta de hormigas? ¿Quién se quiere meter en problemas?

El manto de la tristeza me cubre. La lástima, como un día custodió los actos de mi hermana ante mi madre, ahora es a mí a quien cobija. La compasión me protege de las miradas inquisidoras, de las interrogantes inoportunas y de las condenas. Cuando busquen ya no habrá nada por encontrar; las hormigas son mis aliadas.

Ahora por fin entiendo a mi hermana: “¿Qué más da? ¿Qué más da? ¿Qué más da?”.



QUINTA PARTE

La realidad es compleja

La última vez

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste con esa? —preguntó la primera.

—No quiero hablar de eso —contestó la segunda.

—Dime.

—¿Para qué quieres saberlo?

—¿La verdad? Por malsana. ¿La verdad de la verdad? Por morbo. Porque si no me dices qué sucedió, mi mente me tortura con las suposiciones. Te imagino a ti suspirando y a tu cuerpo moviéndose. Te vislumbro con los ojos cerrados, agitada, con tu vientre yendo de arriba hacia abajo, para ayudar a sus manos inexpertas. Tus piernas buscando sus piernas y tú diciéndole esas cosas que dices cuando no inviertes tu voz en gritos.

—No te hagas esto.

—Dime cómo pasó.

—Basta, por favor.

—Dímelo; así seguiré haciéndome daño, pero ahora con tus palabras. Contesta, ¿te gustó?

—Basta.

—¿Te gustó?

—No lo disfruté.

—No me mientas.

—Al principio, sí; pero después ya no. Ya pasó.

—Qué idiota eres.

—Déjame explicarte.

—¿Qué me vas a explicar?

(Se escuchan golpes fuera de la habitación.)

—Ya sé lo que pasó. Velaste su sueño, tocaste su cabello, acariciaste sus brazos mientras ella te daba la espalda. Ese día que le dijiste que la extrañabas, ¿te respondió: “yo también”?

—No.

—Y aun así me engañaste con ella.

(Se vuelven a escuchar golpes fuera de la habitación.)

—Continúan tocando la puerta, ¿verdad? No te preocupes, no les interesas, pero tienen que disimular que sí. Tienen que fingir que no piensan que eres la culpable.

—¿La culpable de qué?

—En ese cuarto donde estás no estoy yo.

—Eso no es cierto. Tú estás aquí, por eso estoy hablando contigo.

—No. Nosotras estamos hablando en tu cabeza. Mi voz no es mi voz y lo sabes. A esa que miras, con la que crees hablar, no soy yo. Mi voz es tu voz. Estás hablando contigo misma. Estoy hablando conmigo misma.

—No.

—Estoy hablando conmigo misma.

—No, por favor, no. Por favor, no te vayas. Por favor, regresa. No me dejes. No. No quiero estar sola, no quiero estar conmigo. Por favor, por favor...

—Sabes que de nada va a servir. Yo soy tú. Estás hablando contigo misma. Estoy hablando conmigo misma.

—No. No digas eso. Tú eres ella.

—No lo soy y lo sabes. Yo soy yo y este yo desde el que hablo eres tú. Ella ya no está.

—¿Dónde está ella?
—¿Por qué me preguntas lo que no queremos saber?
—¿Puedes fingir ser ella un rato más? Solo un rato más,
por favor.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque está muerta.

—¿Cómo murió?

—Ya nos lo dijeron y no soportamos la noticia.

—Pero ahora necesito saberlo. ¿Qué pasó?

—Se enteró de la infidelidad, se subió a su coche y un tráiler la embistió en el Periférico cuando estaba lloviendo. Se suicidó.

—¿Se puso enfrente del tráiler?

—No, el chofer perdió el control del volante. Al querer dar vuelta, la unidad se volcó sobre tres carros. El de ella era el de en medio.

—Entonces no se suicidó.

—Sí, sí lo hizo.

—No, porque ella no sabía lo que iba a ocurrir; fue un accidente.

—No, fue un suicidio.

—¿Por qué dices eso?

—Por nuestro bien, lo mejor es que sea un suicidio. Piénsalo: si fue un accidente, entonces fue nuestra culpa. Ella salió de casa porque no quería estar cerca de nosotras. Por eso tiene que ser un suicidio; así podríamos vivir sabiendo que fue su responsabilidad, que ella se hizo esto a sí misma.

—Se suicidó.

—Sí. ¿Y sabes por qué lo hizo? Para arruinarnos la vida.

—Ella no era así.

—Ella no estaba bien y lo sabes.

—¿Qué tan mal estaba?

—Lo suficiente como para enamorarse de nosotras. Siempre he estado lo suficientemente loca como para enamorarme de ti.

—Regresaste.

—No. No lo he hecho, estoy muerta. Esto es solo tu imaginación.

—Perdón.

—Tus disculpas ya no me sirven de nada. Si ahora pides perdón es para calmar tu conciencia, no porque lo sientas. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando te pregunté por qué lo habías hecho, por qué me habías engañado?

—Lo siento.

—¿Lo recuerdas?

—Por favor, basta.

—Tú no puedes entender por qué te engañé, porque tú no eres objeto de deseo, como lo soy yo.

—¿Y si nadie me desea, por qué insistes en que permanezca a tu lado? Déjame ir.

—¿A dónde?

—Al olvido. Olvidarme es lo mejor que puedes hacer, porque ya no me tendrás.

—Estoy hablando contigo ahora.

—Estás hablando contigo. Yo ya no existo; provocaste mi muerte, ¿recuerdas?

—Me odias.

—No, no te odio. Estoy muerta, ya no tengo ni voluntad ni sentimientos ni conciencia. Pero debo aceptar que, en vida, sí te odié un poco.

—Tú me amabas.

—No, no lo hacía. Eras fácil, rápida y un tanto apetecible.
Cumplías tu propósito.

—No te creo.

—Ese es tu problema.

—Me tratabas con tanta ternura...

—Te traté como a una persona, no como a un objeto, como te trataron otras. Te traté bien, sí, pero solo en comparación.

—Tú me amas.

—Una muerta no profesa amor.

—Tú me amaste.

—Tú sabes que no. Tanto lo sabes que tú misma te lo estás diciendo.

—No me amaste.

—Tú sabes que sí. Sabes que te estás inventando todo esto para sobrellevar el dolor de que yo ya no esté.

—O me amaste y te engañé. O me utilizaste y te creí.

—Bien, ¿cómo, amor mío, vas a descubrir la verdad de un cadáver?

Columna de opinión

A mí no me gusta el chisme; mi interés en la vida de los demás responde solo a la curiosidad intelectual. No me mezclo en asuntos ajenos, me limito a recabar información para ver la realidad desde diversas perspectivas. Escribo esta columna porque soy Fama Pública; a esto me dedico.

Yo lo sé todo de todos. Claro, nadie lo admite, no son tontos, pero conozco los secretos, confusiones, actos, obras y omisiones de todas las personas de todos los tiempos, en todos los lugares.

Está bien, te cuento. Franz Kafka canceló por segunda ocasión su compromiso matrimonial con Felice Bauer. Yo no entiendo a esta chica: es bella y es inteligente, ¿qué hace con este sujeto? Sin ofender, pero todos lo sabemos: Franz Kafka es un bicho raro.

Aclaro. No tengo nada en contra de él, pero es necesario ver la evidencia: sus libros. Primero, exhibe sus problemas familiares en *Carta al padre*. Segundo, el protagonista de *La metamorfosis* se convierte en un animal muy parecido a una cucaracha.

Lo peor: el motivo de la cancelación del compromiso se limita a la negativa de Franz Kafka por casarse. Pero, entonces,

en primer lugar, ¿para qué le propuso matrimonio a Felice Bauer? Este hombre es un sujeto peculiar.

Felice está destrozada, pobre. No quiere ver a nadie; se declara enamorada: es muy inocente. Me resulta encantadora la ingenuidad de esta joven; él la deja dos veces y ella le proclama su devoción. Amiga, si se quiere ir, déjalo.

Esperemos que Felice no termine como esta otra chica, Regine Olsen, quien le ruega a Søren Kierkegaard que cumpla su palabra. En un inicio, él le propuso matrimonio, pero después la rechazó porque prefiere invertir su tiempo en la teología. Hazme el favor.

O Shakespeare, ¿qué me dices de William Shakespeare? Embaraza a su pareja, Anne Hathaway; después, con las tribulaciones del cuidado de los hijos, los gastos del hogar y la necesidad de un trabajo redituable y monótono, el sujeto corrió. Desde hace años nadie sabe nada acerca de él, pero yo sé dónde está. Ese anda en el teatro, pasa sus horas en las carpas de los artistas a las afueras de Londres, rodeado por un círculo de mujeres, locos, bohemios y criminales.

Un par de consejos. Felice, por favor, ya no le creas a Kafka; ni él se entiende. Regine, cariño, confía en mí: el tiempo es tu aliado. Dentro de algunos años, Kierkegaard va a sentir la carga intelectual de la culpa y el remordimiento. Te vas a casar con otro y él va a sufrir. Hathaway: Shakespeare no va a volver, tú lo sabes. Su amor fue apasionado, pero fugaz; real por unos cuantos segundos, pero efímero.

Me despido. Algo extraño sucede en Berkshire: Agatha Christie no está bien. Es culpa de su marido, por supuesto. Los hombres, querida, son (erróneamente) uno de los principales problemas de las mujeres.

La habitación

Abro los ojos a medianoche en mi habitación. La alarma me informa la hora con brillantes y parpadeantes números rojos. Mi cuerpo es un acantilado; soporta el vaivén iracundo de las olas cuando se rompen contra él. No me puedo mover. Alguien me acompaña: no sé quién es, pero siento su presencia impregnada en mí; su aliento sopla en mi nuca y sus manos sujetan mis caderas.

Mis ojos se acostumbran a las tinieblas. Todo está igual a como estaba antes de ir a dormir, pero no es lo mismo. La bruma se aclara en mis pupilas. Estoy acostada sobre mi flanco derecho. Intento gritar, pero mi boca no responde a mis súplicas.

Todos los sonidos se aglomeran en mi mente, pero soy incapaz de emitir ninguno. No tengo fuerza en las extremidades. Soy un saco repleto de huesos, músculos, sangre, piel y pensamientos atrofiados. Por dentro tiemblo; por fuera estoy paralizada.

Un recuerdo se instala en mi mente: cualquier objeto puede ser usado como arma. La violencia y la creatividad fabrican diversos escenarios; mis ojos intentan escapar de sus órbitas. En mi delirio, incrusto la charnela de mis gafas en la arteria carótida externa de quien me aprisiona.

¿Quién es? Todo permanece en silencio. Soy un ente inerte en mi cama, con una imaginación vívida, la cual no tiene posibilidad de ser ejecutada.

Respiro. Inhalo, retengo el aire, recuerdo exhalar. De nuevo: inhalar, retener, exhalar. Inhalar. Es una parálisis del sueño. Retener. Estoy soñando; eso es todo. Dejo salir el aire. Escudriño en mi cerebro los síntomas de un episodio de tal índole e intento recordar cuál es el remedio.

Observo el techo. Aspiro, retengo el aire, exhalo. Mis labios están secos y llenos de heridas abiertas. Escucho un susurro imperceptible, el cual proviene de mi mente: “Por fin vamos a conocernos”. Entonces veo a la criatura frente a mí.

Compañeros de viaje

Antes de cerrar los ojos pude escuchar sus gritos. Era Semana Santa. Sábado de fiesta y domingo de desgracia, ¿no era así? No, era viernes de pasión, sábado de gloria y domingo de resurrección. Mi nombre también es Jesús, pero en mi caso la historia no sucedió de la misma manera.

Hace años, tres amigos y yo decidimos abandonar nuestras casas para ir en búsqueda de mejores ingresos. Fueron varios viajes, varias idas y vueltas, casi un lustro acumulado de esa forma, lejos de nuestra familia. Adonde íbamos era tan solo otro país, pero a veces parecía un nuevo mundo. A esa etapa de mi vida —cuando apenas llegué a ese lugar y no entendía nada, cuando me tuve que acostumbrar a un clima diferente, a otra comida, a otros cuerpos y a varias penurias— la podríamos llamar pasión.

El trabajo en el campo no es sencillo. El trecho que se recorre en el sembradío es largo. Cuando la sed apremiaba por el sol, bebíamos los sorbos de agua estancados entre los cultivos. No importa: el sueldo vale la pena. Lo más importante es ahorrar para nuestro regreso. Sin embargo, muchos desobedecen las reglas; seducidos por el encanto y la economía de un país extraño, se niegan a regresar a su casa, forman una nueva

familia o gastan el dinero a manos llenas. Pero nosotros cuatro no; nosotros sabíamos quiénes éramos.

La gloria llegó un sábado, semanas después de haber regresado a mi tierra. Para ser más preciso, el sábado pasado, en la primera comunión de la mayor de mis hijas. Mi familia era la envidia del rancho: había suficiente comida y bebida para satisfacer todos los apetitos. La casa estaba abierta para todos.

Mis inseparables amigos bebían y reían conmigo al compás de la música. Mi hija presumía sus regalos ante sus amigas y yo, por la noche, ebrio, le hice el amor a mi esposa. Sin embargo, el domingo llegó la desgracia, sin posibilidad de resurrección.

Mi amigo intentó detener el vehículo dejando caer todo su peso sobre el pedal. Por mi parte, en un absurdo reflejo automático, hice lo mismo. Sujeté la manija con una fuerza atroz, como si pudiera disminuir la velocidad de la camioneta. Ese trayecto iba a ser el último. Muchos de los que compartieron la alegría del sábado velaron mi cadáver el domingo. Algunos otros no. Así es la gente.

Antes de cerrar los ojos pude escuchar sus gritos; sus gritos se combinaron con los míos. Una vida en lugar de cuatro me pareció un trato justo. Un silencio y tres voces fue un buen precio a pagar a la muerte. No era el final que esperaba, pero ¿quién, siendo feliz, piensa en cómo acabará su dicha?

Herencia

La mente de mi tío era un cofre repleto de piedras preciosas. Él lo juraba y, con el tiempo, yo también creí en sus palabras. Él decía: “mi cerebro es un diamante con múltiples facetas, cubierto de una capa de oro líquido”.

Todos lo sabían: la enfermedad destrozó su mente. Para acallar los pensamientos, él solía sumergir su rostro durante incontables horas en agua fría.

La noticia no fue una sorpresa. Según diversos testimonios, él no emitió ningún sonido. Fue arrastrado por el hocico de un cocodrilo hasta las profundidades de la laguna, sin oponer resistencia.

A las pocas horas de la muerte, miles de joyas aparecieron esparcidas en el agua. Nadie, excepto yo, sabía de dónde provenían. Actué con justicia: tomé un rubí y lo guardé dentro de mi cráneo.

Duda

Comencé a sospechar de tu existencia cuando las llaves comenzaron a cambiar de lugar; después empecé a dudar cuando puertas antes cerradas amanecían abiertas. Claro, también influyeron las sombras y la sensación constante de alguien observando.

Un día apareció una bolsa verde que nunca abrí; aun así, estoy segura de que allí había restos. Sé cómo luce la sangre, sé cómo se empapa la tela.

Múltiples veces, a distintas horas, recorrí cada rincón de la casa, pero nunca te encontré. Cuando apagaba las luces, me parecía ver un rostro; a veces creí oír una voz. Esperaba que dijeras algo, que hicieras algo, y nada pasaba. Luego llegó el embarazo.

Me mudé de casa. No puedes estar aquí. Es un departamento de un cuarto y un baño. Una puerta, dos ventanas; eso es todo. No hay más. No lo hay. Entonces, ¿dónde está el bebé?

Guardarropa

El cadáver de la mujer, en avanzado estado de descomposición, fue trasladado a la morgue; al forense le bastó una mirada para escribir la causa de muerte.

Al principio, las autoridades especulamos sobre una posible agresión por parte de un tercero. Iniciamos pesquisas en la colonia para ver si los vecinos habían visto algo o a alguien extraño. Concluida la autopsia, dicha hipótesis fue desechada. Ella se había hecho esto a sí misma.

Pensamos que era un error. Sin embargo, la orientación, el corte y la profundidad de las heridas indican una conducta de automutilación. Los comentarios de mis compañeros variaron de “Estaba loca (bueno, quién sabe, uno no es quien para juzgar)” hasta “Pobre muchacha, ojalá ya esté en un sitio mejor”.

Yo lo que quiero saber es por qué; por qué cubrió las heridas con vendas. Regresé a la habitación para intentar entender qué pasó. Había ropa tirada por todas partes; luego vi el espejo. Meneé la cabeza. ¿Acaso? No. No podía ser eso, ¿o sí?



SEXTA PARTE

Caída libre

Conversando con asesinos

I

Yo te veo, Jack. Aunque permanezcas agazapado, con tu rostro cubierto y tus manos desnudas. Yo te veo. No sé quién eres, pero te conozco. Me matarías si pudieras. Tú y yo somos iguales; yo también soy una asesina y nadie me conoce.

Eres fácil de entender. Tú no eres tú; por lo tanto, el otro tampoco lo es. Nadie es nadie y la nada se puede extinguir. La existencia no es real ni ocurre en verdad. Todos mienten. Los tejidos humanos se abren y se deshacen. Todo se diluye con agua y jabón. El mundo es una apariencia, un escenario ficticio.

II

Nadie captó el significado de nuestra frase, no sé por qué; nuestras palabras fueron claras: “somos compañeros de merienda”. “Merienda” quiere decir aperitivo. ¿Lo entienden ahora?

Es desleal ir por un solo objetivo en manada; para solucionar nuestro conflicto moral nos decidimos a atacar a parejas.

Iban a morir, pero al menos no estarían solos. Ellos no eran de nuestro interés; solo a ellas las hicimos nuestras y compartimos a su lado la mesa: fueron platillos y los comensales quedamos satisfechos.

Yo no era uno, éramos muchos; fue difícil mantener los buenos modales. A todos nos gustaba observar cómo los dedos se hundían en la tierra, pero no compartimos la afición de jugar con la comida. Perder el tiempo nunca es una opción. La vida no es una broma. Por eso el grupo se desintegró; enviar tejido fibroso a la fiscalía fue una muestra de mal gusto y, sobre todo, una mala inversión de alimentos.

“Compañeros de merienda”, es gracioso, ¿no? Al menos lo es si piensas como yo, o como ellos, como nosotros; todavía somos varios, incluso nos reunimos después del cisma.

III

El único huésped en tu mente era ella; lo sé, estabas bajo su influencia. Ella fue la razón de tu conducta. Querías saber qué hacía, a quién frecuentaba, cuáles eran sus pensamientos y durante cuánto tiempo te iba a querer. En voz alta suena ridículo, pero en la mente, como única idea, tiene mucho sentido. A veces tenemos pensamientos extraños y no confiamos en nadie que nos escuche, ni siquiera en nosotros mismos. Está bien. Todos tenemos secretos.

Por infortunio de la vida, diversas variables de la realidad no están bajo nuestro control. Nadie sabe quién está escuchando ni dónde ni qué. Si el cazador presta atención, reconoce a la presa. Te entiendo; por eso sé cómo ocurrió todo: actuaste

porque tu pareja usó las palabras correctas. El plan te pareció más sencillo, menos macabro y mucho más normal cuando su voz lo pronunció.

IV

Cualquier persona puede ser un asesino, incluso un imbécil como yo. El homicidio no es un arte; a veces ocurre por negligencia. Mi vida no fue siempre así; antes era mucho mejor. El poder de mi progenitor seducía a los demás; su apodo era “El Magnífico”. Fue padre de familia de la ciudad, espléndido mecenas de las ciencias y la cultura. Todos dependían de él y él sabía cómo manejar la vida; pero toda victoria tiene un precio: la envidia sembró caos y cosechó muerte.

El enemigo nos invadió. Debí defender la ciudad, pero no pude; me rendí sin luchar. El adversario enunció sus demandas; yo acepté los términos, cedí el territorio y las riquezas propias y ajenas. Soy un pusilánime; esa es la definición.

La historia registró mi fracaso; después, nunca más volví a intentar nada. Toda mi existencia fue solo un momento. “Palle, palle”. Ya nadie responde a nuestro grito de guerra.

V

Todo empieza así. Los ingredientes para destruir una vida son los siguientes: tiempo, dinero, una computadora, dispositivo móvil, celular de prepago, tarjetas SIM, conexión a internet y

odio. Es una receta de tangibles e intangibles. Los resultados son terribles y aparecen a largo plazo.

Antes de comenzar, dime la verdad; no te preocupes, nunca voy a conocer la respuesta: ¿a quién aborreces y por qué? ¿Qué te hizo?

Paso 1. Compra una computadora nueva. Bajo ningún concepto uses el equipo para fines personales ni lo conectes a ninguna red de tu propiedad; no lo uses cerca de tu domicilio ni lo llesves contigo a los sitios que frecuentas. Usa solo señales públicas de wifi desde direcciones físicas inconexas a ti.

Paso 2. Busca una guía telefónica y elige, sin ningún tipo de orden, doce nombres; luego selecciona veinticuatro apellidos y combina.

Paso 3. Crea carpetas en tu computadora nueva con los nombres obtenidos en el paso 2.

Paso 4. Busca en redes sociales doce perfiles con nula configuración de privacidad y con un gran número de amigos, procedentes de otro país. No puedes tener ninguna clase de relación con estas personas. Los hilos de ambas existencias no deben unirse. Descarga el mayor número posible de fotografías y guárdalas en las diferentes carpetas elaboradas en el paso 3. Ahora cada una de tus identidades tiene un rostro.

Paso 5. Para cada carpeta vas a crear un documento de texto que contenga la siguiente información (la cual, por supuesto, será fruto de tu imaginación): nombre, nacionalidad, fecha de nacimiento, edad, género, relaciones familiares y situación

sentimental; además, describe el historial académico, médico y laboral. No te olvides de los números de teléfono; cada archivo debe estar ligado a una tarjeta SIM. Incluye también información pertinente sobre color, libro, canción, película, serie y documental favoritos. El archivo se debe guardar bajo el título de “Perfil + el nombre de la persona”. Confía en mí: no es una pérdida de tiempo. Si quieres vengarte, haz lo que te digo.

Paso 6. Da apertura a distintos correos electrónicos, uno para cada identidad. Después crea cuentas en diversas redes sociales. Usa toda la información recopilada en los pasos 4 y 5. Cada perfil es independiente y no se relaciona con los demás.

Paso 7. Paciencia y constancia: esas son las reglas. Entabla amistad con perfiles con un alto número de amigos y seguidores. Actualiza tus estados y publica fotografías de manera regular. Establece presencia. Vive una vida como cada una de esas personas. Tú eres todas ellas. ¿Por cuánto tiempo? Un día equivale a un grado; dime, ¿cuál es la temperatura ideal para reducir a cenizas un cuerpo?

Advertencia. Hasta este punto el daño es reversible. Tu locura es funcional. Si decides seguir, la realidad se volverá peligrosa: te pueden descubrir y ¿qué va a pensar la gente de ti? Tú decides. ¿Quieres jugar? Si la respuesta es sí, sigue leyendo. De lo contrario, elimina este manual.

Antes de continuar, es buena idea verificar la comprensión de la información. Cada cuenta es única; no se relacionan entre sí; los nombres no se asocian a personas de tu entorno; los perfiles

en redes muestran actividad constante en las últimas semanas. Así es, ¿verdad? Revisalo cuantas veces sea necesario.

Paso 8. Ha llegado el momento. Elige una de tus personalidades e inventa una buena infamia: coherente e indignante, contra la persona a quien odias. La clave es conmover al público, al tiempo que causas una ligera sensación de asco. Establece empatía con la audiencia. Escribe lo que quieras, pero ten presente: las palabras destruyen. Ante todo, es preciso que entiendas que no puedes utilizar tu propia historia. La venganza está desprovista de egoísmo; recuerda: no necesitas atribuirte el mérito de destruir a tu enemigo, solo precisas verlo caer.

Paso 9. La falsa personalidad seleccionada en el paso 8 va a exponer, en canales virtuales de amplia difusión, el crimen ficticio.

Paso 10. Es momento de mover todas las piezas. Tus otras identidades, menos una, deben salir en defensa de tu publicación. Eres tu propio equipo y tu red particular de confianza. Has establecido presencia previa en el mundo antes del escándalo; escribe con confianza.

Paso 11. Debe existir un Judas. La controversia es parte importante de la fórmula. Una de tus identidades debe ponerse en contra de ti y a favor de quien buscas perjudicar.

Paso 12. Ahora espera a que la situación se vuelva viral. Una vez que lo logres, el plan va a continuar por sí solo: has sembrado la duda. La integridad de tu enemigo está bajo sospecha. Es el inicio de la destrucción.

VI

Si eres inteligente, ya te diste cuenta de que fui yo. ¿Qué dice eso de mi estabilidad mental? Aceptar la verdad implica saber que, a pesar del tiempo transcurrido, no te olvidé; solo me dispuse a conocerte con otro rostro. No creo que “loca” sea la palabra más apropiada.

VII

Él fue un gran detective, incluso “el mejor” de todos ellos. Mi declaración es incómoda para Monsieur Poirot, Miss Marple, el príncipe Florizel de Bohemia y Auguste Dupin. Lo lamento, pero hay espacio para la duda. Todo en él era un cerebro. Su mente era un palacio mental con varios cuartos repletos de trastes viejos y arrumbados.

El desorden da paso al olvido y a la confusión. Su compañero y cronista oficial dio testimonio por escrito de un suceso increíble: la existencia de casos no resueltos. Después de todo, él no era invencible y ahora se ha ido. La vida es otra y el secreto carece de importancia.

Hace algunos años asesiné a mi mejor amigo. La razón fueron los celos. Él la tenía a ella y yo la quería; por lo tanto, él debía morir y lo hizo. Mi secreto fue un arma biológica: *Cyanea capillata*, una criatura del tamaño de una pelota de tenis cuyo cuerpo emula la melena de un león. El animal exuda veneno mortífero. A menor distancia, mayor riesgo; la piel de

mi adversario entró en contacto con él. Fue una agonía súbita. No hubo tiempo de hacer nada. Eso me imagino; no lo sé.

El mejor detective de la zona (de Londres y sus alrededores) revisó la escena del crimen y encontró a la criatura homicida. Para mi sorpresa, cuando yo temía lo peor, él atribuyó la presencia de la *Cyanea capillata* como consecuencia del temporal del sudoeste. Mentira. Fui yo. Yo la puse ahí y él no lo quiso ver. Ninguna sospecha cruzó por su conciencia. Su cerebro nunca lo concibió. Ahora yo estoy vivo y ella está con nadie; nunca me aceptó.

VIII

Ella no era mala. Era curiosa. Se consternó muchísimo cuando descubrió mi secreto. Intenté explicar que mis acciones no dañaron a nadie. Bueno, alguna vez lo hicieron, pero el porcentaje no es representativo. Una persona sensata podría entender mi punto de vista, pero ella no.

Al principio, cuando encontró el material, pensó que estaba enfermo. Me reí. Entonces lo entendió. Primero me preguntó por qué lo hacía; luego, desde cuándo. Ella insistió demasiado; me miraba con sus grandes ojos buscando una respuesta.

En ocasiones, los problemas de pareja no se solucionan. Los implicados no llegan a un acuerdo. El punto de quiebre se presenta cuando el sumiso intenta tomar el poder. En ese instante, los dominantes tenemos que tomar medidas desesperadas; de lo contrario, nos podemos ver reducidos a ser espectadores de la trama.

Primero, informé a nuestra familia y amigos del terrible diagnóstico de mi esposa; después le quemé las cuerdas vocales.

No podía hablar con nadie; se limitaba a mirar desesperada a todos. Los demás atribuían su evidente dolor al deterioro provocado por la enfermedad. No era así. La causa principal de su angustia era yo.

Lo confieso: soy un homicida. Lo digo ahora porque estoy exhausto. Nadie puede ser siempre un dios; aunque parezca imposible, en algún momento te cansas de la perfección. Tu cuerpo cede.

Tenía que hacer lo que hice, porque si ella veía la oportunidad de escapar la iba a tomar. Mi esposa se iba a rebelar y me iba a destruir. Era ella o yo; fue muy fácil tomar la decisión.

Durante varios años fui un viudo en férreo luto; con el tiempo me volví a casar y me empeciné en encontrar la cura al terrible mal que, en teoría, hizo perecer al primer amor de mi vida. Por supuesto, no logré avances significativos, aunque la comunidad científica a nivel internacional opina diferente.

Mañana me darán un reconocimiento por mis esfuerzos en el campo de la medicina. Planeo dedicar el premio a mi actual esposa, a mis hijos, a mis nietos y, por supuesto, a ella: a quien descubrió mi secreto y no supo entenderlo. A estas alturas, la logré perdonar; después de todo, mi reputación brotó de su cadáver y la materia orgánica es un excelente fertilizante.

IX

Después de probar tanto cosméticos como humanos, llegué a la conclusión de que los hombres son como los labiales: tienes que saberlos escoger y aplicar; de lo contrario, no funcionan.

Un axioma dice que todas las personas somos iguales; ergo, cualquiera es propenso a vivir las mismas experiencias que el otro. Es una mentira. Si bien la humanidad es proclive a cometer errores, estos (muchas veces) no son semejantes entre sí.

Verás, a las demás los labiales les sientan bien. No se desvanecen, el acabado es perfecto y el color es el indicado. En mi caso se forman grumos, los pigmentos no me favorecen y no perduran. No importa cuánto invierta en maquillaje, el resultado es el mismo.

A las dificultades de aplicar un labial hay que añadir las imperfecciones del escenario; en mi caso son el vello y los labios delgados. No hay una boca que sea igual a otra; las he comparado, fotografiado, aumentado y cortado.

Culpo a mi psicólogo de mis actos. Él me dijo que no me culpara, que no me agrediera. Si lo piensas, bajo esa instrucción era lógico que algo malo iba a suceder; si no era contra mí, ¿contra quién iba a dirigir mi ira?

Me comí sus labios. Esta palabra es difícil de usar de manera adecuada, pero yo la escribo con confianza: literalmente mordí y disfruté de sus bocas. Antes de eso, hidraté los bordes con miel y probé sobre ellos diversos labiales. ¿Y sabes qué? A ellos sí les quedó bien. ¿Por qué a mí no?

X

Yo sabía que mi papá mentía. Creí que también lo sabía mi esposo, pero me equivoqué; subestimé su ingenuidad.

Primero escapamos del país. Después mi papá nos pidió regresar, prometiendo que no existiría castigo; afirmó que la

familia era primero. Sabía que no hablaba en serio. Cuando dijo por altavoz que nos extrañaba, contuve la risa. Era obvio que era un fraude.

Sin embargo, cuando mi esposo suspiró aliviado, no dije nada; pero sabía que él iba a morir. Por supuesto, me puse a favor de mi papá. Entiéndanme: él mentía, manipulaba, dictaba y ejecutaba sus caprichos a diestra y siniestra. Yo veía su comportamiento sin entenderlo, mientras los demás le hacían caso. Lean eso de nuevo: mi padre estaba loco y los demás lo obedecían. No solo eso: le temían.

Se sentó durante años sobre un trono de sangre y se lo permitieron. No cualquier ser humano hace eso. Hay que saber de qué va la vida para llegar tan lejos. Por eso permanecí en silencio, porque era consciente de su poder. Mi hermana, por su parte, hizo lo mismo.

A nuestra defensa: aunque no detuvimos a nuestros maridos, tampoco los incentivamos. Nos limitamos a quedarnos calladas; nuestros esposos decidieron regresar al país por su propio pie. Ahora es claro que no dimensionaron el alcance de sus actos: huyeron llevándonos con ellos, buscando protección de una nación extranjera a cambio de revelar secretos de Estado. Eso era traición y mi padre iba a vengarse.

Él benefició a esos hombres: les dio a sus hijas en matrimonio y les concedió puestos importantes en el gobierno. Sin embargo, cuando entendieron los hilos del poder, mi esposo y mi cuñado se horrorizaron de su suegro. Decidieron que podíamos escapar de su tiranía; por un momento nosotras también lo creímos. Por eso no opusimos resistencia para atravesar la frontera.

Recuerdo cuando los extranjeros les pidieron compartir la información confidencial. Mi hermana y yo nos vimos; por

una parte, nos reímos de la audacia de nuestros maridos. Era claro que leyeron algunos documentos clasificados, pero nada más; no era suficiente para negociar.

Nosotras sabíamos alianzas políticas, números de cuentas bancarias y ubicaciones de armas. Por un instante estuvimos dispuestas a hablar, hasta que el teléfono sonó. No me sorprendió. Cuando llegamos a la embajada, me pareció ver un rostro conocido.

Mi padre nos dijo por teléfono: “Son familia, todo está perdonado, regresen”. No sé por qué mi esposo y mi cuñado no intuyeron lo que iban a sufrir cuando decidieron regresar. El hogar se convirtió en una tumba. Después de ser torturados, sus cadáveres fueron arrastrados por la ciudad. No pensé que a mi hermana le iba a pesar tanto, que se uniría a ellos.

El día del funeral, mi padre me dio un beso en la frente, acarició mi vientre —donde se gesta el heredero del imperio— y me dijo sonriendo: “De ser hombre, te habría enseñado a ser como yo”. Ese fue el primer día que probó el veneno.



ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Lo sé, no esperabas morir, yo tampoco.
Ahora dame la mano.

Perdedoras | 13

SEGUNDA PARTE

Destrucción del mundo

Habitamos la noche | 23

Biblioteca universal de la existencia humana | 26

Reducción al absurdo | 28

La Ciudad de los Cocodrilos | 32

Mi propósito en la vida | 34

El desafío de lo habitual | 36

Baile de Halloween | 40

Combustión | 42

TERCERA PARTE

Obsesión

El lado oscuro del amor | 45

Canicas | 48

Envase, cerillo y caja | 50



CUARTA PARTE

Muerte

- Personajes en escena | 58
- Hormigas | 66

QUINTA PARTE

La realidad es compleja

- La última vez | 71
- Columna de opinión | 76
- La habitación | 78
- Compañeros de viaje | 80
 - Herencia | 82
 - Duda | 83
- Guardarropa | 84

SEXTA PARTE

Caída libre

- Conversando con asesinos | 87



Hadal
Itzia Rangole

Hadal se terminó de imprimir en diciembre
del 2025 en los talleres de Litográfica
Ingramex, S.A. de C.V.,
Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, CDMX.
En este libro se utilizó tipografía de
la familia Minion Pro.
Se imprimió en papel cultural.



